

JOHN MACARTHUR

**EL
ANDAR
DEL
CREYENTE
CON
CRISTO**



**EDITORIAL
PORTAVOZ**

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *The Believer's Walk with Christ* © 2017 por John MacArthur y publicado por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Boulevard, Chicago, IL 60610. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *El andar del creyente con Cristo*, © 2018 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “LBLA” ha sido tomado de La Biblia de las Américas, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usado con permiso. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.* Todos los derechos reservados.

Las cursivas añadidas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, MI 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5767-8 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6663-2 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7477-4 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 27 26 25 24 23 22 21 20 19 18

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

ACERCA DE ESTA SERIE

Este volumen forma parte de la *Serie de estudios de John MacArthur*. Incluye capítulos adaptados del *Comentario del Nuevo Testamento de MacArthur*, con el propósito de crear un estudio temático. En consecuencia, cada capítulo está diseñado para llevar al lector a un estudio profundo del texto de las Escrituras, mientras que el volumen en su conjunto aborda un tema bíblico específico.

Este enfoque es ideal para todo aquel que desea estudiar en profundidad lo que la Biblia dice acerca de un tema determinado. También sirve como una valiosa herramienta para pastores o líderes de estudios bíblicos que buscan enseñar una serie sobre ese importante tema.

CONTENIDO

Prefacio	9
1. Andemos como es digno del evangelio (Ef. 4:1-6)	11
2. Andemos como una persona nueva (Ef. 4:17-24)	41
3. Andemos en vida nueva (Ro. 6:1-10)	71
4. Andemos en el Espíritu (Gá. 5:16-25)	101
5. Andemos en obediencia (1 Jn. 2:3-6)	137
6. Andemos en amor (Ef. 5:1-7)	151
7. Andemos en sabiduría (Ef. 5:15-17)	171
8. Andemos en la verdad (2 Jn. 1-4)	195
9. Andemos por fe (2 Co. 5:6-10)	207
Reconocimientos	224

PREFACIO

“Andar” (o “caminar”) es una rica metáfora bíblica, usada en las Escrituras para describir la búsqueda y la manera de vivir de una persona. En el Antiguo Testamento, aquellos que caminaron con Dios —como Enoc (Gn. 5: 22-24), Noé (Gn. 6:9), Abraham (Gn. 17:1), David (1 R. 3:14), Ezequías (2 R. 20:3), y Josías (2 R. 22:2)— se caracterizaron por el amor sincero por Él y por la obediencia fiel a su Palabra. Llevados por su pasión de buscar a Dios, ellos procuraron vivir de una manera que le agradara (Dt. 8:6, 10:12). Su vida se caracterizó por la integridad (Sal. 15:2), la rectitud (Pr. 14: 2), la sabiduría (Pr. 28:26) y la conformidad a su Palabra (Sal. 119:1, 35), mientras que evitaban los caminos engañosos de los impíos (Sal. 1:1, Pr. 4:14).

El tema del andar también aparece en el Nuevo Testamento, ya que el apóstol Pablo manda a los creyentes que ya no anden conforme a la carne (Ro. 8: 4) o a su antigua conducta (Ef. 4:17). En cambio, los cristianos deben andar en una vida nueva (Ro. 6: 4), mediante el poder del Espíritu Santo (Gá. 5:16, 25). Debido a que son nuevas criaturas en Cristo (2 Co. 5:17), su andar (o forma de vivir) se caracterizará por la fe (2 Co. 5:7), las buenas obras (Ef. 2:10), la humildad (Ef. 4:1-3), el amor (Ef. 5:2), la santidad (Ef. 5:8), la sabiduría (Ef. 5:15), la verdad (2 Jn. 4) y la obediencia (2 Jn. 6). En consecuencia, los creyentes son instruidos a que “[anden] como es digno de Dios, que os llamó a su reino y gloria” (1 Ts. 2:12); a “[andar] como es digno de la vocación con la que

fuiстеis llamados” (Ef. 4:1); y a “[comportarse] como es digno del evangelio de Cristo” (Fil. 1:27).

Sin embargo, ¿qué significa, como cristiano, andar de una manera digna de nuestro llamamiento? Para responder a esa pregunta, vamos a examinar nueve pasajes del Nuevo Testamento que delinean diferentes aspectos del caminar del creyente con Cristo (es decir, la vida cristiana). Mi oración por el lector, mientras usted avanza través de las páginas siguientes, se refleja en las palabras de Pablo a los colosenses:

No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios (Col. 1:9-10).





ANDEMOS COMO ES DIGNO DEL EVANGELIO

EFESIOS 4:1-6

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. (4:1-6)

Cuando una persona se une a alguna organización, se obliga por voluntad propia a vivir y actuar de conformidad con las normas del grupo. Acepta sus metas, objetivos y normas como suyos. Por ejemplo, un ciudadano está obligado a registrarse por las leyes de su país, y un empleado está obligado a trabajar de acuerdo con las reglas, parámetros y propósitos de su compañía. Cuando alguien se une a un equipo atlético, está obligado a jugar como lo ordena el entrenador y de acuerdo con las reglas del deporte. La sociedad humana no podría funcionar sin esa clase de obligación.

Como seres humanos tenemos el deseo natural de ser aceptados y adquirir un sentido de pertenencia, y muchas personas están dispuestas a hacer todo lo que sea necesario para ganarse la aceptación en una orden fraternal, un club social, un equipo

atlético u otro grupo. Muchas personas también están dispuestas a pagar cualquier precio con tal de evitar ser rechazadas por un grupo. Los padres del hombre que nació ciego tenían miedo de contar a los líderes judíos que Jesús había sanado a su hijo, porque temían ser expulsados de la sinagoga (Jn. 9:22). Aunque habían visto el resultado de un milagro con el que su propio hijo había sido curado de su ceguera de toda la vida, no quisieron dar crédito a Jesús por el milagro a causa de su temor a ser objetos del ostracismo social. Por la misma razón, “aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (Jn. 12:42-43).

En ocasiones tales lealtades a normas y el temor al ostracismo en la iglesia no funcionan con la misma fuerza. Hay demasiados cristianos que se alegran de poder contar con la seguridad espiritual, las bendiciones y las promesas del evangelio, pero que tienen muy poco sentido de responsabilidad con respecto a vivir de conformidad con sus normas y obedeciendo sus mandatos.

En los primeros tres capítulos de Efesios, Pablo ha expuesto la posición que gozan los creyentes con todas las bendiciones, honores y privilegios de ser un hijo de Dios. En los siguientes tres capítulos presenta las obligaciones y requisitos consecuentes de ser sus hijos, a fin de vivir en la práctica nuestra salvación de acuerdo con la voluntad del Padre y para su gloria. En los primeros tres capítulos se expone la verdad acerca de la identidad del creyente en Cristo, y los últimos tres constituyen un llamado para responder a ello en la práctica.

Al recibir a Cristo como Salvador nos convertimos en ciudadanos de su reino y miembros de su familia. Junto con esas bendiciones y privilegios también recibimos obligaciones. El Señor espera de nosotros que actuemos como las personas nuevas que somos ahora en Jesucristo. Él espera que sus normas se conviertan

en nuestras normas, sus propósitos en nuestros propósitos, sus deseos en nuestros deseos, su naturaleza en nuestra naturaleza. La vida cristiana es el proceso de convertirnos en lo que somos.

Dios espera conformidad dentro de la Iglesia, el cuerpo de Cristo. No se trata de una conformidad legalista y forzosa a reglas y regulaciones externas, sino una conformidad interna y voluntaria a la santidad, el amor y la voluntad de nuestro Padre celestial, quien quiere que sus hijos le honren como su Padre. “Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo”, exhortó Pablo a los filipenses, “para que o sea que vaya a veros, o que esté ausente, oiga de vosotros que estáis firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio” (Fil. 1:27).

La palabra “pues” en Efesios 4:1 marca la transición de la posición espiritual a la práctica de la verdad en la vida diaria, de la doctrina al deber, del principio a la práctica. Pablo hace una transición similar en la epístola a los Romanos. Después de asentar once capítulos de doctrina, dedica el resto de la carta a instar a los cristianos a que vivan de acuerdo con esa doctrina, a que presenten sus “cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional” (12:1). En Gálatas, Pablo dedica los primeros cuatro capítulos a explicar la libertad cristiana y los últimos dos a exhortar a los cristianos a vivir conforme a esa libertad. Esa clase de división se encuentra en muchas de las epístolas de Pablo (véase también Fil. 2:1-2; Col. 3:5; 1 Ts. 4:1). La práctica correcta siempre debe estar basada en los principios correctos. Es imposible tener un estilo cristiano de vida sin conocer las realidades de la vida que Cristo ha suministrado.

La doctrina correcta es esencial para el vivir correcto. Es imposible vivir una vida cristiana fiel sin conocer la doctrina bíblica. Doctrina significa enseñanza, y no hay modo de que hasta el más sincero de los creyentes pueda vivir una vida agradable a Dios sin conocer cómo es Dios mismo y cuál es la clase de vida que Dios

quiere que él viva. Quienes dejan de lado la teología bíblica también dejan de lado la vida cristiana saludable.

La renovación de la iglesia no viene como resultado de nuevos programas, edificios, organizaciones, métodos educativos o cualquier otro agente externo. La renovación de la iglesia viene ante todo mediante la renovación de la mente. Más adelante en esta carta, Pablo ora y pide que los efesios: “renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (4:23-24). Quienes pertenecen al pueblo de Dios solo son renovados cuando captan en el espíritu de sus mentes la justicia y santidad de la verdad de Dios. Al principio de esta carta Pablo oró: “que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él” (1:17). Crecer en gracia, como Pablo nos dice, está vinculado al hecho de crecer en “el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P. 3:18). Junto con su ministerio de proclamar a Cristo, Pablo también seguía “amonestando a todo hombre, y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” (Col. 1:28). Es imposible hacer buenas obras sin el conocimiento de la Palabra de Dios (2 Ti. 3:16-17).

EL LLAMADO A UN ANDAR DIGNO

Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, (4:1)

Antes de hacer su apelación, Pablo una vez más se refiere a sí mismo como “preso en el Señor” (3:1). Con la mención de su encarcelamiento, Pablo recuerda con gentileza a sus lectores que sabe lo costosa que puede resultar la decisión de andar como es digno del Señor, y que él mismo ha pagado un costo considerable a causa de su obediencia al Señor. El apóstol no les pediría que

anduviesen de una manera en que él mismo no lo hiciera, ni que pagaran un precio que él mismo no estuviese dispuesto a pagar. Sus circunstancias físicas presentes parecían en extremo negativas desde la perspectiva humana, pero Pablo quería que sus lectores supieran que esto no cambiaba su compromiso ni su confianza en el Señor.

El apóstol no estaba buscando ganarse la simpatía de sus lectores ni utilizar su confinamiento romano como un medio para avergonzar a los efesios y presionarles para cumplir con lo que les pedía. Más bien, les estaba recordando de nuevo su completa sumisión a Cristo, que él era preso en el Señor sin importar que estuviera o no en una cárcel. Pablo se convirtió en preso del Señor en el camino a Damasco y nunca buscó librarse de ese encarcelamiento divino.

Pablo tenía la capacidad de ver todas las cosas a la luz de cómo afectaban a Cristo y su relación con Él. Veía todo en sentido vertical antes de verlo en sentido horizontal. Sus motivos eran los de Cristo, sus normas eran las de Cristo, sus objetivos eran los de Cristo, su visión era la de Cristo, su orientación entera fue la de Cristo. Todas las cosas que pensaba, planeaba, decía y hacía se relacionaban de forma directa con su Señor, y en el sentido más pleno de la palabra era un cautivo del Señor Jesucristo.

La mayoría de nosotros estamos dispuestos a admitir que tenemos una tendencia tal a orientarnos hacia el ego que vemos muchas cosas primero que todo, y a veces solo así, con relación a nosotros mismos. Por otro lado, la persona que tiene la Palabra de Cristo morando en abundancia dentro de sí, aquel hombre y mujer que satura su mente con la sabiduría y verdad divinas, se pregunta: “¿Cómo afecta esto a Dios? ¿Qué impresión tendrá de ello? ¿Qué quiere Él que yo haga con este problema o esta bendición? ¿Cómo puedo agradecerle mejor y honrarle más en esto?”. Esa persona trata de ver todas las cosas a través del filtro divino de Dios, y esa actitud

es la base y la marca distintiva de la madurez espiritual. Junto a David, el cristiano maduro puede decir: “A Jehová he puesto siempre delante de mí; porque está a mi diestra, no seré conmovido” (Sal. 16:8).

Pablo no se excusaba por requerir que los creyentes hicieran lo que él sabía que era correcto. Por eso dice sin rodeos “os ruego”. La palabra griega *parakaléo* (traducida, “ruego”) significa llamar a alguien para que esté al lado de uno, con la idea de ayudar o ser ayudado. Connota un sentimiento intenso y un deseo fuerte. En este contexto no solo se trata de una solicitud sino de un ruego, de algo que se implora o suplica. Pablo no estaba dando sugerencias a los efesios sino normas divinas aparte de las cuales no podrían vivir de una manera coherente frente al hecho de que eran hijos de Dios. Pablo nunca planteaba sus exhortaciones como diciendo: “tómalo o déjalo”. Él no podía descansar hasta que quienes estaban bajo su cuidado espiritual anduviesen como es digno de la vocación con que habían sido llamados.

Pablo rogó al rey Agripa que escuchara su testimonio (Hch. 26:3), urgió con firmeza a los corintios que reafirmaran su amor hacia el hermano arrepentido (2 Co. 2:8), y suplicó a los gálatas que se mantuvieran firmes en la libertad del evangelio como él lo hacía (Gá. 4:12). Rogaba basándose en su amor intenso por los demás, tanto salvos como no salvos. Acerca de sus compatriotas judíos no salvos escribió: “Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne” (Ro. 9:1-3).

Los cristianos no deberían resentirse contra un pastor que les inste e interpele con requerimientos sobre la fe como lo hizo Pablo a quienes ministraba. Un pastor que ejerce su ministerio con despreocupación o indiferencia no es digno de su posición.

El interés en amor por el bienestar espiritual de otros tiene un elevado costo, y aparte de la fortaleza de Dios puede ser frustrante y desmoralizador.

No solo los pastores sino todos los creyentes deberían tener una amorosa preocupación por interpelar, implorar, rogar e instar a otros para que respondan con su obediencia al evangelio. Como Pablo, todos deberíamos tener pasión por decir a nuestros hermanos en la fe que les rogamos que “andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”, y a ser todo lo que el Señor desea que sean.

La palabra “andar” se emplea con frecuencia en el Nuevo Testamento para hacer referencia a la conducta diaria, a la vida cotidiana, y es el tema de los últimos tres capítulos de Efesios. En los primeros dieciséis versículos del capítulo 4, Pablo hace énfasis en la unidad y en el resto del capítulo, en el carácter único del andar cristiano. En los capítulos 5 y 6 recalca la pureza moral, la sabiduría, el control del Espíritu, las manifestaciones familiares de ese control, y la guerra espiritual del andar cristiano.

La palabra griega para “digno”, *axios*, tiene en su raíz el significado de equilibrar la balanza, de asegurar que lo que haya a un lado de la balanza sea igual en peso a lo que se coloca en el otro lado. Por extensión, la palabra llegó a ser aplicada a cualquier cosa de la cual se esperaba que correspondiese con otra. Una persona digna de su paga era aquella cuyo trabajo del día correspondía con el salario por un día de trabajo. El creyente que anda como es digno de la vocación con que ha sido llamado es aquel cuya vida diaria corresponde con su elevada posición como hijo de Dios y coheredero con Jesucristo. Se caracteriza porque su vida práctica concuerda con su posición espiritual.

La vocación con que fuisteis llamados es el llamamiento soberano y salvador de Dios (cp. 1 Ts. 2:12). Pablo nos dice que Dios “a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos

también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó” (Ro. 8:30). Como el apóstol mencionó al comienzo de esta carta: “nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4). Ninguna persona puede salvarse aparte de recibir a Jesucristo como su Salvador; pero ninguna persona puede escoger a Cristo si no ha sido ya escogida por el Padre y el Hijo. “No me elegisteis vosotros a mí”, explicó Jesús a sus discípulos, “sino que yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto, y vuestro fruto permanezca” (Jn. 15:16).

Pablo hace muchas referencias a la vocación (*klésis*) del creyente, que como en este caso, se refiere al llamamiento soberano y efectivo del Señor a la salvación (Ro. 11:29; 1 Co. 1:26; Ef. 1:18; 4:1, 4; Fil. 3:14; 2 Ts. 1:11; 2 Ti. 1:9; cp. He. 3:1; 2 P. 1:10).

Sin ese llamamiento divino y elección por parte de Dios, el hecho de escogerle nosotros tendría una futilidad absoluta. De hecho, si Dios no llamara los hombres a Él mismo, ningún ser humano *querría* acudir a Él, porque todos los hombres naturales se encuentran en enemistad con Dios (Ro. 8:7). La verdad maravillosa del evangelio es que Dios no solo envió a su Hijo para *proveer* el camino de salvación (Ro. 5:8), sino que lo envió para *buscar* a los perdidos con el fin de poder salvarles (Lc. 19:10). Dios no se contentó con el simple hecho de hacer disponible la salvación para la humanidad, sino que ha llamado para sí a los escogidos y redimidos.

Esa es la razón por la que nuestra “vocación” es suprema, es un “llamamiento celestial” (He. 3:1) y un “llamamiento santo” (2 Ti. 1:9). También por eso mismo el cristiano fiel y obediente tiene la determinación firme que le permite decir con Pablo: “prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Fil. 3:14).

LAS CARACTERÍSTICAS DEL ANDAR DIGNO

con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor, solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz; (4:2-3)

Aquí Pablo nos da cinco elementos esenciales para la vida cristiana fiel, cinco actitudes que definen lo que significa andar como es digno del llamado del Señor.

1. Humildad

Estas características, de las cuales la humildad es el fundamento, conforman una progresión en la que el ejercicio genuino de una de ellas conduce al ejercicio de la que le sigue.

Tapeinofrosúne (“humildad”) es una palabra compuesta con el significado literal de pensar o juzgar con modestia, de ahí que la idea sea tener una mente humilde. Juan Wesley observó lo siguiente: “Ni los romanos ni los griegos tenían una palabra específica para referirse a la humildad”. El concepto mismo era tan ajeno y aborrecible para su modo de pensar que ni siquiera contaban con un término para describirlo. Parece que este término griego fue acuñado por los cristianos, es probable que por Pablo mismo, a fin de describir una cualidad para la cual no había otra palabra disponible. Para los orgullosos griegos y romanos, sus términos para referirse a los cobardes o innobles, u otras características así, eran suficientes para describir a la persona “no natural” que no pensaba de sí con orgullo y satisfacción egocéntrica. Cuando, durante los primeros siglos del cristianismo, los escritores paganos que tomaron prestado el término *tapeinofrosúne*, siempre lo usaron con sarcasmo y zaherimiento para referirse casi siempre a los cristianos, por cuanto la humildad para ellos era una debilidad digna de lástima y escarnio.

No obstante, la humildad es la virtud cristiana más fundamental. No podemos siquiera empezar a agradar a Dios sin humildad, así como nuestro mismo Señor no habría podido agradar a su Padre si de forma voluntaria no se hubiera “[despojado] a sí mismo, tomando forma de siervo... y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:7-8).

Por otro lado, la humildad es muy escurridiza porque si uno se enfoca demasiado en ella, con gran facilidad se puede convertir en orgullo, que es todo lo opuesto. La humildad es una virtud que debe procurarse siempre y alegarse nunca, porque si uno alega tenerla, es porque ya la ha perdido. Solo Jesucristo, como el Hijo perfecto y obediente, pudo afirmar tal humildad con justificación acerca de sí mismo: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón” (Mt. 11:29). Él vino a la tierra como el Hijo de Dios. Sin embargo, nació en un pesebre, fue criado en una familia campesina, nunca tuvo propiedades a excepción de su manto, y fue sepultado en una tumba prestada. En cualquier momento, Él pudo haber ejercido sus derechos, prerrogativas y gloria divina, pero en obediencia y humildad rehusó hacerlo porque se habría salido de la voluntad de su Padre. Si el Señor de gloria anduvo en humildad mientras estuvo en la tierra, ¿cuánto más deben hacerlo sus seguidores imperfectos? “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6).

Aunque la humildad está en el corazón mismo del carácter cristiano, ninguna virtud es más ajena a los caminos del mundo. El mundo exalta el orgullo, no la humildad. En el transcurso de la historia, la naturaleza humana caída y regida por Satanás, el príncipe de este mundo, ha eludido la humildad y defendido el orgullo. En gran parte la humildad ha sido vista como debilidad e impotencia, como una abyección que debe despreciarse. La gente afirma sin modestia alguna que se enorgullecen de sus trabajos,

sus hijos, sus logros y demás. A la sociedad le encanta reconocer y alabar a quienes hayan logrado alguna cosa sobresaliente. Ostentación, jactancia, alarde y encumbramiento son las acciones más dinámicas en la bolsa de valores del mundo.

Lamentablemente, la iglesia refleja con mucha frecuencia esa perspectiva y patrón mundanos, montando muchos programas y organizaciones alrededor de las incitaciones superficiales de premios, trofeos y reconocimiento público. Parece que hemos encontrado la manera de alentar una jactancia que es “aceptable”, porque se trata de alardes que se hacen en nombre del evangelio. Lo cierto es que, al hacerlo, contradecemos el mismo evangelio que afirmamos promover, porque la marca del cristianismo por excelencia es la humildad, no el orgullo ni la exaltación de uno mismo. La obra de Dios no puede beneficiarse en ningún sentido por los caminos del mundo. El llamado de Dios es *a* la humildad y su obra solo puede realizarse *mediante* la humildad.

LA HUMILDAD EN OPOSICIÓN AL ORGULLO (EL PRIMER PECADO)

El primer pecado fue el orgullo, y todo pecado después de ese ha sido en una u otra forma la extensión del orgullo. Orgullo fue lo que llevó al ángel llamado “Lucero, hijo de la mañana” a exaltarse por encima de su Creador y Señor. Por cuanto decía de continuo en su corazón: “Subiré al cielo; en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y... me sentaré... sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo”, todo en oposición a la voluntad de Dios, fue arrojado del cielo (Is. 14:12-23). Por cuanto dijo: “Yo soy Dios”, fue echado “del monte de Dios” (Ez. 28:11-19). El pecado original de Adán y Eva fue el orgullo, la confianza que tuvieron en su propio entendimiento por encima del de Dios (Gn. 3:6-7). El escritor de Proverbios nos advierte: “Cuando viene la soberbia, viene también la deshonra” (11:2), “Antes del quebrantamiento es la soberbia, y antes de la caída la altivez de espíritu”

(16:18), y también “Altivez de ojos, y orgullo de corazón, y pensamiento de impíos, son pecado” (21:4).

Como creyentes, nuestra única protección contra el orgullo, y nuestra fuente de humildad por excelencia, es una visión apropiada de Dios. El orgullo es el pecado de competir con Dios, y la humildad es la virtud de someterse a su gloria suprema e incomparable. Por eso, Santiago nos advierte que “Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (Stg. 4:6; cp. Sal. 138:6).

El orgullo se manifiesta de muchas maneras. Podemos ser tentados a enorgullecernos por nuestras capacidades, nuestras posesiones, nuestra educación, nuestra posición social, nuestra apariencia, nuestro poder, e incluso nuestro conocimiento de la Biblia y todo tipo de logros religiosos. Lo cierto es que, en todas las Escrituras, el Señor llama a su pueblo a la humildad. “A la honra precede la humildad” (Pr. 15:33); “riquezas, honra y vida son la remuneración de la humildad y del temor de Jehová” (22:4); “Alábetse el extraño, y no tu propia boca; el ajeno, y no los labios tuyos” (27:2).

LA HUMILDAD: UNA PARTE DE LAS BENDICIONES ESPIRITUALES

La humildad es un ingrediente de toda bendición espiritual. Así como todo pecado tiene sus raíces en el orgullo, toda virtud tiene su raíz en la humildad. La humildad nos permite vernos tal como somos, porque nos muestra delante de Dios tal como Él es. Así como el orgullo está detrás de todo conflicto que tengamos con otras personas y todo problema de comunión que tengamos con el Señor, también la humildad está detrás de toda relación humana armónica, todo éxito espiritual y cada instante de comunión gozosa con el Señor.

Durante los días en que se practicaba la esclavitud en las Indias occidentales, a cierto grupo de cristianos moravos les resultó imposible testificar a los esclavos debido a que estaban separados por completo de la sociedad, y para muchos en aquel tiempo les parecía

degradante el simple hecho de dirigirle la palabra a un esclavo. Sin embargo, dos misioneros jóvenes tenían la determinación de alcanzar a esas personas oprimidas a cualquier costo. Con el fin de cumplir el llamado de Dios, se juntaron con los esclavos. Trabajaron y vivieron a su lado y se identificaron por completo con ellos, tomando parte en sus trabajos excesivos, sus golpizas y maltratos. No es extraño que en poco tiempo los dos misioneros ganaran los corazones de esos esclavos, muchos de los cuales aceptaron como suyo el Dios quien había sido capaz de mover a aquellos hombres a tener una clase de amor tan abnegado y sacrificado.

Una persona ni siquiera puede convertirse en cristiano sin la humildad necesaria para reconocerse a sí misma como pecador y digno solo de la justa condenación de Dios. “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Así que, cualquiera que se humille” (Mt. 18:3-4). En el punto más elevado de su propia fama y reconocimiento como profeta, Juan el Bautista dijo acerca de Jesús: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe” (Jn. 3:30). Marta se encontraba ocupada haciendo muchas cosas que se suponían eran por causa de Jesús, pero en tres ocasiones diferentes vemos a María con una verdadera actitud de humildad al sentarse con sencillez a los pies de Jesús.

En todos los cuatro evangelios, los escritores esconden su identidad para que la atención se enfoque solo en Jesús. Habría sido muy fácil para ellos incluir con sutileza relatos que favorecieran su imagen personal. Mateo se identifica como un odiado publicano y cobrador de impuestos, lo cual no hacen los otros escritores de los evangelios. Por otra parte, no menciona el banquete que ofreció a sus colegas publicanos con el objetivo de conocer a Jesús. A causa de la humildad de Mateo, fue Lucas quien se encargó de escribir acerca de ese evento. Es probable que Marcos haya escrito bajo la tutela de Pedro, y es posible que, debido a la influencia de

ese apóstol, no se informen en ese evangelio dos de las cosas más asombrosas que sucedieron a Pedro durante el ministerio de Jesús: el hecho de haber caminado sobre el agua, y su confesión de Jesús como el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Juan nunca menciona su propio nombre y con sencillez se refiere a sí mismo como “el discípulo a quien amaba Jesús”. En una compilación de citas antiguas se encuentra un párrafo excelente escrito por Thomas Guthrie:

Los edificios más espléndidos, las torres más altas y las cúspides más encumbradas, reposan sobre fundamentos profundos. La seguridad misma de los dones eminentes y las gracias preeminentes radica en su asociación con la profunda humildad. Solo pueden ser cosas peligrosas sin ella, y es necesario que los hombres grandes sean hombres buenos. Consideremos el potente navío. Un leviatán en el mar con sus mástiles elevados y una nube de velas. Con qué firmeza remonta las olas y recorre erguido las aguas turbulentas como si poseyera una vida inherente con la capacidad de regularse sin ayuda de cosa alguna... ¿Por qué no se vuelca sobre el asta para hundirse hasta el fondo? Porque oculto a la vista y bajo la superficie, hay un casco hermético y cargado con pesos y contrapesos bien distribuidos que le dan equilibrio a la nave y la mantienen siempre a flote. De igual manera, para preservar en rectitud al santo, siempre erguido y seguro frente a cualquier riesgo de caída y hundimiento, Dios da equilibrio por medio de pesos y contrapesos a quienes Él ha concedido espléndidos dones, y esto con la gracia esmerada de una humildad proporcionada.

FUENTES DE LA HUMILDAD

La humildad empieza por una conciencia correcta de nosotros mismos, “aquella virtud”, según dijo Bernardo de Claraval, “por la cual un hombre se hace consciente de su propia indignidad”. Empieza con una visión honesta de uno mismo, sin adornos ni

retoques. La primera cosa que la persona honesta ve en sí misma es pecado y, por lo tanto, una de las marcas más seguras de humildad verdadera es la confesión diaria de pecado. “Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn. 1:8-9). “Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos”, dice Pablo; “pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos” (2 Co. 10:12). Algo que además de no ser espiritual es nada inteligente, consiste en juzgarnos por comparación con otros. Todos tendemos por naturaleza a exagerar nuestras propias buenas cualidades y minimizar las buenas cualidades de los demás. La humildad nos quita los anteojos teñidos de color rosa y nos permite vernos como somos en realidad. No debemos ser “competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos”, dice Pablo, “sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co. 3:5).

Segundo, la humildad involucra el ser conscientes de quién es Cristo. Él es la única norma por la cual puede juzgarse la rectitud y el agrandar a Dios. Nuestra meta no debe ser menos que “andar como él anduvo” (1 Jn. 2:6); Jesucristo anduvo en perfección. Jesús es el único de quien Dios dijo jamás: “Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia” (Mt. 3:17).

Tercero, la humildad implica que seamos conscientes de quién es Dios. A medida que estudiamos su vida en los evangelios podemos llegar a ver a Jesús cada vez más en su perfección humana: su humildad perfecta, su sumisión perfecta al Padre, su amor, compasión y sabiduría perfectos. No obstante, más allá de su perfección humana, llegamos a ver su perfección divina: su poder ilimitado, el hecho de que conoce los pensamientos y el corazón de toda persona; también su autoridad para sanar a los enfermos, expulsar

demonios y aun perdonar pecados. Llegamos a ver a Jesucristo como Isaías vio al Señor: “sentado sobre un trono alto y sublime”, y queremos exclamar a plena voz con los serafines: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”, y clamar con el profeta mismo: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Is. 6:1, 3, 5).

Cuando Pablo se miró con conciencia de sí mismo, vio al primero de los pecadores (1 Ti. 1:15). Cuando Pedro se miró al ser consciente de Cristo, dijo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador” (Lc. 5:8). Cuando Job se miró al ser consciente del carácter de Dios, dijo: “Por tanto me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:6).

Nuestro éxito en los negocios, fama, educación, riqueza, personalidad, buenas obras o cualquier otra cosa que tengamos en esta vida, no cuentan para nada delante de Dios. Cuanto más confiamos y nos gloriamos en tales cosas, se van convirtiendo en una barrera cada vez mayor a nuestra comunión con Dios. Toda persona se presenta delante del Señor carente de toda cosa elogiada y cargada con todas las cosas que pueden condenarle, pero cuando acude con el espíritu del publicano penitente diciendo: “Dios, sé propicio a mí, pecador”, Dios con amor y buena voluntad le acepta, “porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido” (Lc. 18:13-14).

2. *Mansedumbre*

La humildad siempre produce mansedumbre, y esa es una de las señales más seguras de humildad verdadera. Uno no puede poseer mansedumbre *sin* humildad, y no puede poseer mansedumbre *con* orgullo. Puesto que el orgullo y la humildad se excluyen mutuamente, lo mismo sucede con el orgullo y la mansedumbre.

LA NATURALEZA DE LA MANSEDUMBRE

Muchos diccionarios definen mansedumbre en términos como “timidez” o “una deficiencia en ímpetu o espíritu”; pero tal definición está muy lejos del significado bíblico de la palabra. *Praótes* (traducido aquí “mansedumbre”) se refiere a un espíritu afable y controlado, lo opuesto a toda actitud vengativa y virulenta. Jesús empleó la forma adjetivada del término en la tercera bienaventuranza (“Bienaventurados los mansos”, Mt. 5:5) y también para describir su propio carácter (“que soy manso y humilde de corazón”, Mt. 11:29). La mansedumbre es uno de los frutos del Espíritu (Gá. 5:23) y debería caracterizar a todo hijo de Dios (Col. 3:12; cp. Fil. 4:5).

El significado de *praótes* no tiene que ver en absoluto con debilidad, timidez, indiferencia o cobardía. Se empleaba para referirse a animales salvajes que habían sido domesticados, en especial caballos que habían tenido que ser doblegados y entrenados. Un animal así todavía conserva su fortaleza y brío, pero su voluntad está bajo el control de su dueño. El león domado sigue siendo potente, pero su potencia está bajo el control de su adiestrador. El caballo puede galopar con la misma velocidad, pero solo lo hace en el momento y el lugar en que su dueño le ordena correr.

EJEMPLOS BÍBLICOS DE MANSEDUMBRE

La mansedumbre es poder bajo control. La mansedumbre bíblica es poder bajo el control de Dios. Una persona mansa por lo general es tranquila, discreta, apaciguadora y de buenas maneras, además nunca es vengativa ni defensiva. Cuando los soldados llegaron para arrestar a Jesús en el huerto de Getsemaní y Pedro sacó su espada para defender a su Señor, Jesús dijo: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” (Mt. 26:53). Aun en su humanidad, Jesús tenía acceso a poder divino infinito que habría podido usar

en cualquier momento para su propia defensa. No obstante, en ningún momento optó por hacerlo. El haber rehusado utilizar recursos divinos para cualquier cosa que no fuese la obediencia total a la voluntad de su Padre, es la imagen suprema y perfecta de mansedumbre, de poder bajo control.

David demostró esa clase de mansedumbre cuando rehusó matar al rey Saúl en la cueva que estaba en el desierto de En-gadi, aunque tuvo una oportunidad fácil y justificación considerable para hacerlo desde el punto de vista humano (1 S. 24:1-7). Después que David se convirtió él mismo en rey, de nuevo mostró la moderación de la mansedumbre cuando se abstuvo de resarcirse ante las provocaciones, maldiciones y ataques con piedra que recibió por parte de Simei (2 S. 16:5-14).

A Moisés se le describe como un varón “muy manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Nm. 12:3). No obstante, confrontó sin temor a Faraón en el nombre del Señor (véase Éx. 5-12), confrontó con enojo a Israel ante su rebelión e idolatría (32:19-29), y aun confrontó con osadía al Señor para que perdonara el pecado del pueblo (32:11-13, 30-32). En todo ello, la confianza de Moisés no se basaba en sí mismo sino en el carácter y las promesas del Señor. Cuando Dios le llamó por primera vez, Moisés respondió: “¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua” (4:10). En su servicio al Señor a lo largo de su vida, Moisés cargó la vara que Dios le dio para que recordara que la gran obra a que el Señor le había llamado solo podría llevarse a cabo en el poder del Señor. Las marcas de la mansedumbre de Moisés fueron que él mismo era como nada y Dios lo era todo. Como Martin Lloyd-Jones ha observado: “Ser manso significa que usted está por completo acabado”.

Por otra parte, la persona mansa también está en capacidad de actuar con justo enojo cuando la Palabra o el nombre de Dios

son vituperados, como Jesús lo hizo cuando la casa de su Padre estaba siendo utilizada como una cueva de ladrones, y Él utilizó la fuerza física para sacar de allí a los transgresores (Mt. 21:13). Como Pablo afirma más adelante en esta carta, es posible enojarse sin pecar (Ef. 4:26). Al igual que el Señor mismo, la persona mansa no maldice a quienes le maldicen (1 P. 2:23). Cuando la persona mansa se enoja, su enardecimiento se da ante aquello que afrenta a Dios o es perjudicial para otros, no a causa de algo que le afecte en lo personal. Además, su enojo es controlado y dirigido con precisión, no se trata de una explosión abrupta y arbitraria que afecte a cualquiera que esté cerca.

EL CARÁCTER DEL MANSO

Una de las marcas distintivas de la mansedumbre verdadera es el autocontrol. Las personas que se enojan con cualquier molestia o inconveniencia que les afecta no saben nada de mansedumbre. “Mejor es el que tarda en airarse que el fuerte; y el que se enseñoorea de su espíritu, que el que toma una ciudad” (Pr. 16:32). Otras dos marcas de mansedumbre ya mencionadas son la ira ante todo vituperio contra el nombre o la obra de Dios, y la *ausencia* de ira cuando nosotros mismos somos lastimados o criticados.

La persona mansa responde de buena voluntad a la Palabra de Dios sin importar qué requisitos o consecuencias tenga para su vida, y recibe con humildad “la palabra implantada” (Stg. 1:21). También es un pacificador que perdona sin dilación y ayuda a restaurar un hermano que cayó en pecado (Gá. 6:1). Por último, la persona de verdad mansa y afable conforme a las normas de Dios tiene la actitud correcta hacia los no salvos. No los mira con un sentimiento de superioridad, sino que anhela su salvación, sabiendo que en otro tiempo él mismo estuvo perdido, y lo seguiría estando de no ser por la gracia de Dios. Hemos de “estar siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre (*praótes*) y reverencia

ante todo el que nos demande razón de la esperanza que hay en nosotros” (1 P. 3:15). No solo las mujeres cristianas sino todos los creyentes deben mantenerse agraciados con “el incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios” (1 P. 3:4).

3. *Paciencia*

Una tercera actitud que caracteriza el andar digno del cristiano es la paciencia, que es producto de la humildad y la mansedumbre. *Makrothumía* (paciencia) tiene el significado literal de aguante, y se traduce algunas veces como resistencia. La persona paciente resiste las circunstancias negativas y nunca cede ante ellas.

EJEMPLOS BÍBLICOS DE PACIENCIA

Abraham recibió la promesa de Dios, pero tuvo que esperar muchos años para ver su cumplimiento. “Y habiendo esperado con paciencia”, nos dice el escritor de Hebreos, “alcanzó la promesa” (He. 6:15). Dios había prometido que los descendientes de Abraham serían una nación grande (Gn. 12:2), pero no le fue dado Isaac, el hijo de la promesa, hasta después que Abraham tuvo más de cien años de edad. A pesar de ello, “tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios” (Ro. 4:20).

Dios le dijo a Noé que construyera una embarcación en un sitio desértico y alejado de cualquier masa de agua, antes que hubiera caído la primera lluvia sobre la tierra. Durante 120 años, Noé trabajó en esa labor al tiempo que predicaba a sus vecinos acerca del juicio venidero de Dios.

En la crónica de los santos fieles del Antiguo Testamento que encontramos en la carta a los Hebreos, la perseverancia paciente de Moisés se menciona en dos ocasiones. Este hombre prefirió “antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites

temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón. Por la fe dejó a Egipto, no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible” (He. 11:25-27).

Santiago dijo: “Hermanos míos, tomad como ejemplo de aflicción y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor” (Stg. 5:10). Cuando Dios llamó a Jeremías, dijo al profeta que nadie creería su mensaje y que sería aborrecido, maldecido y perseguido (Jer. 1:5-19). Sin embargo, Jeremías sirvió al Señor con fidelidad y paciencia hasta el final de su vida. De forma similar, cuando el Señor llamó a Isaías, le dijo que la nación no le escucharía ni se apartaría de su pecado (Is. 6:9-12). Así como Jeremías, él de todas maneras predicó y ministró con fidelidad paciente.

Pablo estuvo dispuesto a soportar cualquier penalidad, aflicción, burla o persecución con el objeto de servir con paciencia a su Señor. “¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón?”, les preguntó a los cristianos de Cesarea después que el profeta Agabo predijo que el apóstol sería arrestado y encarcelado. “Porque yo estoy dispuesto no sólo a ser atado, mas aun a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús” (Hch. 21:13).

EL IMPACTO DE LA PACIENCIA: DAVID LIVINGSTONE

H. M. Stanley fue al África en 1871 para buscar a David Livingstone e informar sobre su actividad, para lo cual pasó varios meses en compañía del misionero, observando con detalle al hombre y su obra. Livingstone nunca habló a Stanley sobre asuntos espirituales, pero la compasión amorosa y paciente de Livingstone hacia los africanos estaba más allá de la capacidad de comprensión de Stanley, quien no podía entender cómo podía el misionero tener tal amor hacia la gente pagana y atrasada entre quienes había ministrado por tanto tiempo.

Livingstone dedicó su vida y energías a servir incansablemente

a los que no tenía que amar por otra razón aparte del amor de Cristo. Stanley escribió en su diario: “Al ver con qué paciencia infatigable y celo inquebrantable servía a aquellos hijos del África ya alumbrados con el evangelio, me convertí en cristiano a su lado aunque él jamás me dijo una palabra al respecto”.

Aristóteles dijo que la virtud griega más grande era rehusarse a tolerar cualquier insulto y disposición inmediata para devolver la ofensa. Ese no es el camino de Dios para su pueblo. El santo paciente acepta todo lo que otras personas le hagan y los cristianos deben ser “pacientes para con todos” (1 Ts. 5:14), aun con aquellos que ponen a prueba su paciencia hasta el límite. El cristiano es paciente con quienes le calumnian y cuestionan sus motivos para servir al Señor.

El santo paciente acepta el plan de Dios para todas las cosas, sin cuestionar ni refunfuñar. No se queja cuando su llamado parece menos llamativo que el de otros o cuando el Señor le envía a un lugar difícil o peligroso. Recuerda que Dios el Hijo dejó su hogar celestial lleno de amor, santidad y gloria para venir a la tierra y ser aborrecido, rechazado, escupido, golpeado y crucificado, sin devolver una sola vez mal por mal ni quejarse ante su Padre.

4. Amor que soporta

Un cuarto elemento característico del andar digno del cristiano es la actitud de estar “soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”. Pedro nos dice que esa clase de “amor cubrirá multitud de pecados” (1 P. 4:8). Es como si tendiera una cobija gruesa sobre los pecados de los demás, no para justificarlos o excusarlos sino para impedir que sean conocidos más de lo necesario. “El odio despierta rencillas; pero el amor cubrirá todas las faltas” (Pr. 10:12). Con el amor que soporta uno puede recibir maltrato de otros y al mismo tiempo seguir amándoles.

El amor que soporta solo puede ser amor *agápe*, porque solo el

amor *agápe* da de una manera continua e incondicional. El amor *eros* es en esencia amor a uno mismo, porque se interesa en otros solo en la medida de lo que pueda obtener de ellos. Es un hombre que toma y nunca da. El amor *filia* es ante todo un amor recíproco, un amor que da en la misma medida en que recibe. En cambio, el amor *agápe* es incondicional y libre de todo egoísmo; es la clase de amor en que se da de manera voluntaria sin importar que se reciba o no algo a cambio. Es benevolencia incontestable y bondad invencible, un amor que se extiende hasta a los enemigos y que ora por sus perseguidores (Mt. 5:43-44). Por esa razón, Pablo llama a los creyentes diciendo: soportándoos, sabiendo que esto ha de expresarse de la única manera posible, en amor *agápe*.

5. *Unidad*

El resultado último de la humildad, la mansedumbre, la paciencia y el soportar en amor es ser “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef. 4:3). *Spoudázo* (ser solícitos) tiene el significado básico de apresurarse, y de allí se derivan los significados de celo y diligencia. Un comentarista describe el concepto como celo santo que demanda dedicación plena. Pablo empleó la palabra al decir a Timoteo: “Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad” (2 Ti. 2:15; cp. Tit. 3:12-13).

NUESTRA PREOCUPACIÓN CONSTANTE: UNIDAD
POR MEDIO DEL ESPÍRITU

La preservación de la “unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” debe ser el interés constante y solícito de todo creyente. Pablo no está hablando de unidad en el sentido de organización, como la fomentada en muchas denominaciones y en el movimiento ecuménico. Está hablando de la unidad del Espíritu que es interna y universal, por la cual todo creyente verdadero está vinculado

con todos los demás creyentes verdaderos. Como Pablo aclara, se trata de la unidad del Espíritu obrando en la vida de los creyentes. No proviene de afuera sino del interior, y se manifiesta mediante las cualidades internas de humildad, mansedumbre, paciencia y amor que soporta.

La unidad espiritual no es y no puede ser creada por la iglesia. Ya ha sido creada por el Espíritu Santo. “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu... son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo” (1 Co. 12:13, 20; cp. Ro. 8:9). Se trata de la unidad del Espíritu por la que Jesús oró con tanto fervor en el aposento alto poco antes de ser traicionado y arrestado: “Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros... para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros... La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad” (Jn. 17:11, 21-23).

NUESTRA PARTE EN LA UNIDAD: ANDAR DE UNA MANERA DIGNA

La responsabilidad de la iglesia, por medio de las vidas de creyentes individuales, consiste en guardar la unidad del Espíritu a través del andar en fidelidad como es digno de la vocación divina (v. 1), haciendo manifiesto a Cristo ante el mundo mediante la unidad en Él (cp. Ro. 15:1-6; 1 Co. 1:10-13; 3:1-3; Fil. 1:27). El mundo siempre está buscando unidad y nunca la puede hallar. Todas las leyes, conferencias, tratados, acuerdos y convenios existentes han fracasado en el intento de traer unidad o paz. Se ha informado que, en el transcurso de la historia registrada, casi todos los tratados establecidos han sido quebrantados. No hay y no puede haber paz para los malos (Is. 48:22). Mientras el ego siga en el centro de

todo —mientras nuestros sentimientos, prestigio y derechos sean el interés principal de nuestra vida—, jamás habrá unidad.

El vínculo que preserva la unidad es la paz, el cinturón espiritual que rodea y enlaza a una todo el pueblo santo de Dios. Es el vínculo que Pablo describió en Filipenses al decir: “sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa” (2:2). Detrás de este vínculo de la paz está el amor, que en Colosenses 3:14 se llama “el vínculo perfecto”.

La humildad hace nacer la mansedumbre, la mansedumbre da a luz la paciencia, y la paciencia hace germinar el amor que soporta; todas estas cuatro características cumplen la función de guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz. Estas virtudes y la unidad sobrenatural de la que dan testimonio son con probabilidad el testimonio más poderoso que la iglesia puede tener, porque presentan un contraste marcado frente a las actitudes y falta de unidad del mundo. Ningún programa o método, sin importar el cuidado con que se planee y ejecute, puede abrir la puerta a la predicación del evangelio como lo hacen creyentes individuales al ser de verdad humildes y pacientes, al soportarse con paciencia unos a otros en amor y al demostrar su unidad pacífica en el Espíritu Santo.

LA CAUSA DEL ANDAR DIGNO

un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. (4:4-6)

Todo lo que tiene que ver con la salvación, la iglesia y el reino de Dios está basado en el concepto de unidad, como se refleja en el uso que Pablo hace de siete variaciones de la palabra uno en estos tres versículos. La causa o base de la unidad externa es la unidad

interna. La unidad práctica está basada en la unidad espiritual. A fin de enfatizar la unidad del Espíritu, Pablo cita de nuevo las características de la unidad pertinentes a nuestra doctrina y vida.

Pablo no desarrolla las áreas particulares de unidad, sino que presenta una lista de ellas: cuerpo, Espíritu, esperanza, fe, bautismo, Dios y Padre. Su enfoque está en la unidad que existe entre estos y cada uno de los otros aspectos de la naturaleza, el plan y la obra de Dios como la base para nuestro compromiso de vivir como uno solo. Es obvio que el versículo 4 se centra en el Espíritu Santo, el versículo 5 en el Hijo y el versículo 6 en el Padre.

UNIDAD EN EL ESPÍRITU

un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; (4:4)

Solo existe un cuerpo de creyentes, la Iglesia, el cual está compuesto por todos y cada uno de los santos que han confiado o que confiarán en Cristo como Salvador y Señor. Por esa razón no existe un cuerpo denominacional, geográfico, étnico o racial. No hay un cuerpo gentil, judío, masculino, femenino, esclavo o libre. Solo existe el cuerpo de Cristo, y la unidad de ese cuerpo está en el corazón de la enseñanza de Efesios.

Es obvio que solo existe un Espíritu, el Espíritu Santo de Dios, quien es poseído por todo creyente y quien por ende es la fuerza unificadora en el cuerpo. Los creyentes son templos individuales del Espíritu Santo (1 Co. 3:16-17) que, como colectividad, crecen como un edificio “bien coordinado, [que] va creciendo para ser un templo santo en el Señor... juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2:21-22), el Espíritu es dado como “las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Ef. 1:14). Él es como el anillo de compromiso divino (el juramento o las arras), por así decirlo,

quien garantiza que todo creyente estará en la cena de las bodas del Cordero (Ap. 19:9).

Si todos los cristianos estuviesen andando en obediencia al Espíritu Santo y en su poder, primero nuestra doctrina y luego nuestras relaciones serían purificadas y unificadas. La unidad espiritual que ya existe se manifestaría en la práctica en armonía completa entre el pueblo de Dios.

Los creyentes también son unificados en una esperanza de su vocación. Nuestro llamamiento a la salvación es un llamado a la perfección y gloria de la semejanza a Cristo. En Cristo tenemos diferentes dones, diferentes ministerios, diferentes lugares de servicio, pero solo una misma... vocación, aquel llamado a ser “santos y sin mancha delante de él” (Ef. 1:4) y a ser “hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Ro. 8:29), lo cual ocurrirá cuando veamos a Cristo glorificado (1 Jn. 3:2). Es el Espíritu quien nos ha colocado en un mismo cuerpo y quien garantiza nuestro futuro glorioso.

UNIDAD EN EL HIJO

un Señor, una fe, un bautismo, (4:5)

En el mismo sentido obvio, solamente hay un Señor, Jesucristo nuestro Salvador. “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch. 4:12). Pablo dijo a los gálatas: “Mas si aun nosotros, o un ángel del cielo, os anunciare otro evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema” (Gá. 1:8). “Pues el mismo que es Señor de todos, es rico para con todos los que le invocan” (Ro. 10:12).

En consecuencia, solo puede haber una fe. Pablo no se refiere aquí al acto de fe por el cual una persona se salva o a la fe continua que produce una vida cristiana productiva, sino más bien al cuerpo de doctrina revelado en el Nuevo Testamento. En el cristianismo verdadero solo existe una fe, “la fe que ha sido una vez dada a los

santos” y por la cual debemos contender ardientemente (Jud. 3). Nuestra fe única es el contenido de la Palabra revelada de Dios. La falta de estudio fiel y cuidadoso de su Palabra, las tradiciones no examinadas, las influencias del mundo, las inclinaciones carnales y muchas otras cosas se encargan de fragmentar la doctrina en muchas formas diversas y aun contradictorias entre sí. La Palabra de Dios contiene muchas verdades, pero sus verdades individuales son facetas armoniosas de su única verdad, la cual es una fe que nos ha sido dada.

Solo existe un bautismo entre los creyentes. El bautismo espiritual, por el cual todos los creyentes son colocados en el cuerpo por el Espíritu Santo, está implícito en el versículo 4. El “un bautismo” del versículo 5 se refiere al bautismo en agua, el medio común usado en el Nuevo Testamento para que un creyente haga confesión pública de Jesús como su Salvador y Señor. Se prefiere esta interpretación por la manera específica como Pablo ha hablado en sucesión de cada miembro de la Trinidad. Por así decirlo, este es el versículo que corresponde al Señor Jesucristo.

El bautismo en agua tenía una gran importancia en la iglesia primitiva, no como un medio de salvación o bendición especial sino de testimonio de identidad y de unidad con Jesucristo. Los creyentes no eran bautizados en el nombre de una iglesia local, un evangelista destacado o hasta de un apóstol, sino única y exclusivamente en el nombre de Cristo (véase 1 Co. 1:13-17). Aquellos que, gracias a un Señor, están unidos en una fe testifican de esa unidad en un bautismo.

UNIDAD EN EL PADRE

un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. (4:6)

La doctrina básica del judaísmo siempre ha sido: “Jehová nuestro Dios, Jehová uno es” (Dt. 6:4; véase también 4:35; 32:39; Is.

45:14; 46:9), y la unidad de Dios es asimismo fundamental para el cristianismo (véase 1 Co. 8:4-6; Ef. 4:3-6; Stg. 2:19). Además, el Nuevo Testamento revela la verdad más completa de que un Dios existe en tres Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo (Mt. 28:19; Jn. 6:27; 20:28; Hch. 5:3-4).

Dios el Padre es un nombre que se emplea con frecuencia en las Escrituras como el título divino que más comprende y abarca el concepto de la deidad, aunque es claro a partir de muchos textos del Nuevo Testamento que Él nunca se separa en naturaleza o poder del Hijo ni del Espíritu Santo. Pablo no trata aquí de separar las personas de la deidad sino llamar la atención sobre sus papeles únicos al tiempo que se enfoca en su unidad en su relación mutua y con relación a la iglesia, unidad que se manifiesta en los diferentes aspectos mencionados en estos tres versículos.

Nuestro “un Dios y Padre” de todos, al lado del Hijo y del Espíritu, es “sobre todos, y por todos, y en todos”. Esa declaración comprensiva apunta al hecho de la unidad divina, gloriosa y eterna que el Padre da a los creyentes por su Espíritu y a través del Hijo. Somos creados por Dios, amados por Dios, salvos por Dios, adoptados como hijos por Dios, controlados por Dios, sustentados por Dios, llenados por Dios y bendecidos por Dios. Somos un pueblo bajo un Dios soberano (“sobre todos”), omnipotente (“por todos”) y omnipresente (“en todos”).

